

pulcros representan á menudo, como las del Antiguo imperio, esta diversion favorita de los magnates egipcios. Se comprende perfectamente que los muchos brazos de agua, estanques, aldeas é islas del país tengan sus funcionarios administrativos propios.

Si en las construcciones del Fayum no podemos ver en manera alguna una actividad encaminada á regular las inundaciones del Nilo, en cambio en otra cosa se nos muestra el cuidado que á este objeto dedicaron los reyes. Amenemhat III hizo marcar todos los años, durante su gobierno, en las paredes de roca del valle del Nilo de las fortalezas nubias de Semme y de Kumme (véase mas abajo), por cima de la segunda catarata, la altura que alcanzaba la inundacion. Ya sabemos cuán importante es conocer exactamente esta altura lo mas arriba posible del valle del Nilo y calcular por ella las probabilidades de su movimiento y por tanto el producto de la cosecha del año. Además, estos datos acerca de la altura del Nilo demuestran, como ya hemos hecho notar, que entonces el Nilo era en Nubia 20 metros mas alto que actualmente (1). Los sucesores de Amenemhat III continuaron durante mucho tiempo esta práctica: mas tarde la fijacion de la altura del Nilo por medio del Nilómetro de Elefantina vino á sustituir el antiguo sistema y aun hoy en dia subsiste como en aquel entonces.

En punto á política exterior, el principal éxito de la duodécima dinastía fué la sumision de la Nubia. Ya hemos visto que los soberanos de la dinastía undécima procuraron reconquistar el poderío que el Antiguo imperio habia tenido sobre aquel país. Segun parece, Userstes II, despues que su padre hubo acabado de poner en orden los asuntos interiores de Egipto, comenzó de nuevo con energía la lucha en el valle del alto Nilo. En el año vigésimo noveno del reinado de Amenemhat I, cuando el gobierno estaba ya realmente en sus manos, fué sometido, segun una inscripcion existente en Korusko, el país negro de Uauat mas arriba de la primera catarata (2). Despues, Userstes I llegó hasta la segunda catarata, cerca de la cual—en Wadi-Halfa—se ha encontrado una inscripcion de este rey en la que se mencionan muchas tribus negras desconocidas (kas, schemik, cha'sa, etc.), vencidas por él. El tantas veces citado nomarca del distrito de la Cabra, Ameni, nos cuenta que como representante de su anciano padre siguió á su señor, el rey, para derrotar á los bárbaros de las montañas (3). «Penetré en el país Kusch, subiendo por el Nilo, llegué hasta las fronteras del territorio, impuse á todos tributos para mi señor, y mi alabanza (por parte del rey) subió hasta el cielo. Entonces su majestad regresó felizmente, despues de haber vencido al enemigo en el miserable país Kusch y yo le seguí como valiente (?) sin haber perdido un solo hombre.» Aquí se nos presenta por vez primera el país de Kusch ó Kasch (¿se pronunciará Kausch?) tal como está escrito, que en los tiempos posteriores alcanzó tan alta importancia. A lo que parece, los kuschitas no residian en el valle del Nilo habitado por tribus negras, sino en la montaña del desierto que se levanta al Este del valle y que era importante para los egipcios por las minas de oro que se encuentran en sus terrenos bajos al Sud-

(1) Mas arriba todavía la altura del lecho del rio parece haber sido mayor en la antigüedad, segun lo indica una inscripcion del segundo año del reinado de Tutmosis II, colocada en la pequeña catarata de Tangur y que hoy aparece á 60 piés encima del rio. (*Proceedings Soc. Bibl. Arch.*, 1885, pág. 121).

(2) Brugsch: *Revista Egipcia*, 1882, pág. 30. Segun las instrucciones de Amenemhat I, debió luchar contra los uauas, mazaius y otros bárbaros.

(3) «Los cuatro pueblos montañoses» dice Lepsius: *Monumentos*, tomo II, 122, 2.

este del Kuban y de Korusko. Por esto el país de Kusch lleva siempre el sobrenombre de «el miserable,» es decir, es un territorio desierto, no un país de cultivo. Poco á poco, sin embargo, los kuschitas fueron penetrando en el valle del Nilo é indudablemente comenzó allí muy pronto la mezcla de las distintas tribus que caracteriza aun actualmente á Nubia.

Ameni se dirigió de nuevo rio arriba con las milicias de su distrito, un contingente de 400 hombres, y acompañado del príncipe heredero Ameni—que debió de morir antes que Userstes I, pues no le sucedió,—pero el objeto que le guiaba no era guerrero sino el afán de recoger oro para su rey. Ocupado en esta misma tarea encontramos, en tiempo de Amenemhat II, al «auxiliar del tesoro,» Sethathor, que trabajaba en las minas y obligó á los caudillos á lavar oro. «Transporte los productos, dice, avancé hácia el país anterior (Nubia), los negros se presentaron de hinojos por miedo al señor de los dos países, y llegué hasta el país de Heha (4).» Este país está situado mas arriba de la segunda catarata, al Sur de Semme. Al fin de su reinado, cuando Userstes II era todavía su coregente, puso su nombre en la orilla peñascosa de Syena un funcionario «que habia llegado allí para inspeccionar los puestos del país de Uauat (5).» Segun dice esta inscripcion, el país nubio estaba ocupado militarmente, y por esto en tiempo de Userstes III un «grande del Sur,» el conde Nubkaure, recibió el encargo de construir la puerta de un cuartel en Elefantina (6). Ya hemos visto que este territorio estuvo probablemente unido administrativamente á Nubia. Aquí se detuvieron, á lo que parece, los hombres del séquito del Faraon, uno de los cuales, que despues mandó en Wadi-Hammamat, se alaba en tiempo de Amenemhat III de «haber derrotado á los negros» (7).

La sumision de Nubia se terminó en tiempo de Userstes III. En el octavo año de su reinado «emprendió la marcha para conquistar al miserable Kusch» (8). A sesenta kilómetros mas arriba de la catarata de Wadi-Halfa, en la actual aldea de Semme, el Nilo atraviesa una cordillera de granito; muchas islas obstruyen, como en el territorio de las cataratas, el lecho del rio, que solo es navegable en la época de las altas aguas. Este punto fué señalado por el rey como frontera de su reino: además, construyó en las proyecciones de la montaña que descienden abruptas por ambos lados hasta el rio, fortalezas, cuyas ruinas se conservan todavía, aunque quizás los restos que hoy poseemos proceden de las restauraciones ejecutadas posteriormente en tiempo del imperio (9). Aquí residía una guarnicion permanente (10), y una gran tabla anuncia que en este punto estaba la «frontera meridional de Egipto, que ningun negro que descendiera por el rio podia atravesar, ora fuese una canoa con ganado de los negros, ora un negro que quisiese comerciar en el país de Agen (el distrito fronterizo al Norte de Semme) ó que viniese como embajador. Además, en lo sucesivo ninguna canoa de negros podrá navegar hácia el exterior por el país Heha» (véase mas arriba). Algunos años despues fué necesario, para asegurar las fronteras, emprender una nueva expedicion de guerra, en la cual las mujeres de los negros fueron llevadas á Egipto y sus ganados y trigos

(4) *Revista Egipcia*, 1874, pág. 112.

(5) Lepsius: *Monumentos*, tomo II, 123 c. Véanse allí las inscripciones análogas de los funcionarios.

(6) *Revista Egipcia*, 1875, pág. 50.

(7) Lepsius: *Monumentos*, tomo II, 138 a.

(8) *Revista Egipcia*, 1875, 51.

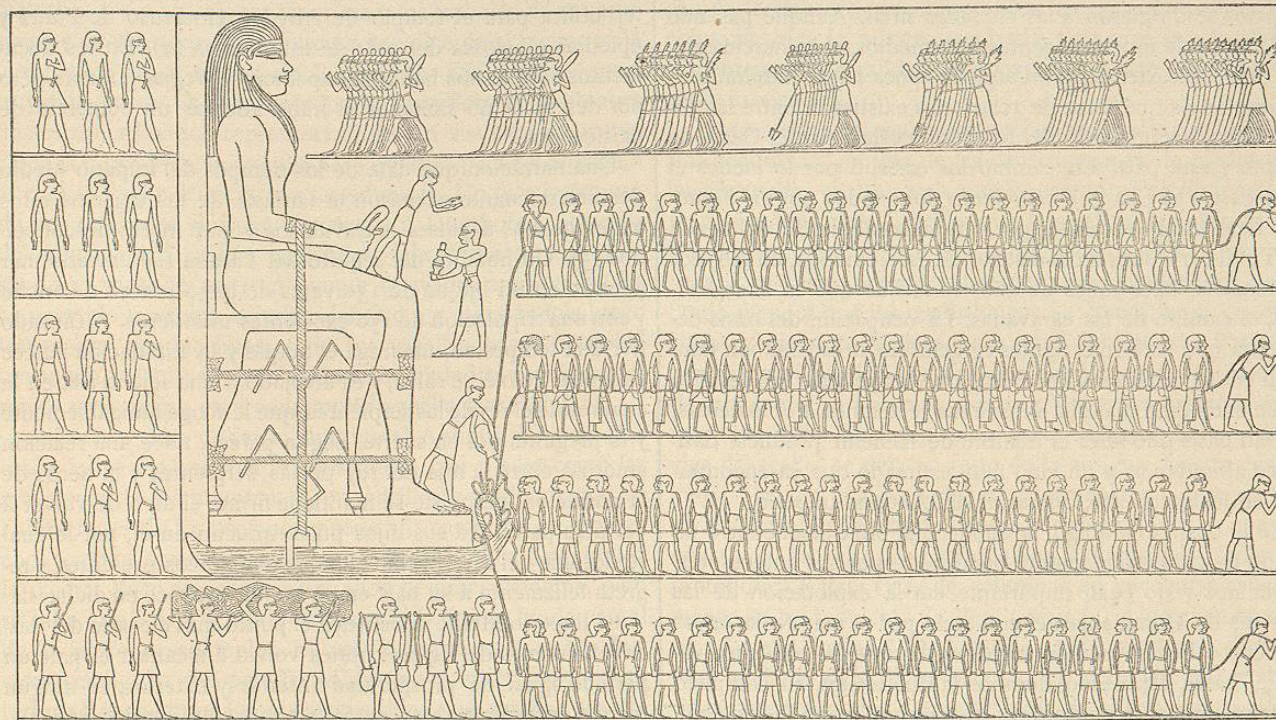
(9) Véanse los grabados en Lepsius: *Monumentos*, tomo I, 112, 113, y la reconstrucción en Perrot y Chipiez: *Historia del Arte*, tomo I, página 450 de la traducción. Las ruinas del lado oriental se llaman Kumme y las del occidental Semme.

(10) Así se desprende de Lepsius: *Monumentos*, tomo II, 151 c.

destruidos. Una inscripcion del decimoséptimo año del reinado de Userstes III que se encuentra junto á la tabla citada, ensalza con palabras pomposas el éxito de esta riza y reitera la disposicion en que se consigna que aquí se halla la frontera septentrional que separa el Egipto del país de Heha. Desde entonces es posible que ocurrieran algunas escaramuzas, pero no se habla ya de grandes guerras. Hasta muy entrada la época de la decimatercera dinastía, el valle del Nilo, hasta Semne y hasta la parte meridional del país de Kusch, fué posesion egipcia. Userstes III ha sido considerado como el verdadero organizador de la provincia nubia, por mas que

solo superficialmente ensanchó el poder de sus antecesores: Tutmosis III se elevó despues á la categoría de dios del país y construyó para él un templo en Semne.

Una ojeada á las tan célebres campañas nubias de la duodécima dinastía basta para demostrar que el imperio Medio fué tan poco guerrero como el Antiguo: los egipcios se contentaron entonces con lo estrictamente necesario, á saber: la sumision del valle del alto Nilo hasta una frontera firme y de fácil defensa y con la segura posesion de las minas de oro kuschitas. Estos éxitos, poco importantes bajo el punto de vista militar movieron á Manethon á identificar al rey



Traslacion de la estatua de Dhuthotep (segun Lepsius).

La estatua colocada en una especie de trineo es arrastrada por cuatro filas de trabajadores que aparecen dibujadas, no una al lado de otra, sino una encima de otra. Segun la inscripcion que omitimos, este contingente procedia de gente de la mitad oriental y de la occidental del distrito de la Liebre, y se componia de guerreros y de ciudadanos. En la línea superior se ve «toda la poblacion de la ciudad» que acude á saludar á la estatua; en las rodillas de ésta hay un hombre que lleva el compás dando palmadas, y en los piés otro que derrama agua por el camino y sobre el cual está representado el cherheb con una caja de incienso. Debajo hay hombres con cántaros de agua, otros que llevan un madero, y tres inspectores: detrás de la estatua sigue el séquito del príncipe del distrito.

Userstes III con la figura legendaria de Sesostris, que entre los griegos ha venido á ser la personificacion de todas las conquistas reales y supuestas de los Faraones (1).

Así como para asegurar las fronteras meridionales de Egipto fueron necesarias algunas operaciones militares, no tenemos noticia de lucha alguna en las orientales, es decir, en las de Asia: á estas deben de referirse algunos movimientos guerreros generales que, como hemos dicho mas arriba, se llevaron á cabo contra los habitantes de las arenas y contra los beduinos. Los egipcios del imperio Medio no pensaron en hacer conquistas por este lado y únicamente fueron activamente explotados los yacimientos de malaquita y de cobre (2) del Sinaí. La muralla de los príncipes, que, segun nos dicen las memorias de Seneha, se conservaba siempre en estado de defensa, aseguraba la entrada del país, y los nómadas del desierto y los pequeños caudillos de Canaan no podian pensar en atacar al Egipto mientras éste estuviese regido por un gobierno

vigoroso. El citado escrito nos describe gráficamente la consideracion de que gozaba el Faraon entre estas tribus, debiendo tenerse en cuenta que Seneha, despues de haber sido desterrado, huyó á los territorios del jeque beduino de Tenu (3). Las relaciones entre las tribus cananeas y los egipcios eran pacíficas, pues aquellas, para dar salida á sus productos y para proporcionarse los artículos preciosos de la civilizacion, se veían obligadas á acudir al gran Estado del valle del Nilo. Un famoso dibujo que se encuentra en la tumba de Chnemhotep, en Benihasan (4), nos dice que una de estas familias de beduinos, compuesta de 37 hombres y dirigida por su caudillo Abscha ó Abischa, marchó hácia Egipto en el sexto año del reinado de Userstes III; estas personas son designadas como 'amus, es decir cananeos, y son por sus rasgos fisonómicos evidentemente semitas: llevan los trajes de abigarrados colores, que son desde antiguo los preferidos en

(1) En Manethon vemos en este punto confundidas en una sola las personas de Userstes II y III.

(2) Véase Lepsius: *Monumentos*, tomo II, 138 c.

(3) La afirmacion de que en este escrito aparece el nombre de Edom nace de un error de lectura, pues lo que hay es la palabra *Qodem*, «el país oriental,» con que hasta en el Antiguo Testamento se designa el desierto que se extiende al Este de Palestina.

(4) Copiado entre otros en Stade: *Historia de Israel*.



Asia; están armados de arco y lanza y llevan consigo asnos y cabras: uno de ellos sabe tocar la gaita. Llevan como don precioso el cosmético para los ojos, «Meszemut.» Deseando entrar en el territorio, acuden á Chnemhotep, conde de Men'at chufu, á quien está sometido, como sabemos, el país montañoso del Este. Un escribiente real, Neferhotep, los conduce á su presencia para que disponga de ellos y dé cuenta al rey. Escenas análogas á la perpetuada en este dibujo debieron de ocurrir con frecuencia, siendo indudable que gran número de comerciantes é industriales cananeos se establecieron en las ciudades orientales del delta, donde los encontraremos mas adelante. En cambio, muchos comerciantes egipcios se dirigieron á las ciudades sirias. Aunque pasando por manos de muchos agentes intermedios, el comercio egipcio debió de extenderse en aquella época hasta Babilonia.

Ignoramos qué clase de relaciones existieron entre las tribus libias, los nómadas del territorio costanero del Oeste de Egipto y este país. En cambio los oasis, ó por lo menos el gran oasis (El Charge), estuvieron dominados por los Faraones. Este último pertenece por naturaleza al distrito del conde de Thinis (1), pues en el distrito de éste, es decir, en Abydos comenzaba, hace miles de años lo mismo que en la actualidad, el camino de las caravanas. La ocupación del oasis demuestra que los comerciantes egipcios no se espantaban tam poco en los territorios del Oeste ante los peligros del desierto y que extendían mas allá de éste sus relaciones. Por lo demás, el gran oasis que lleva el nombre de Kenemt producía dátiles en abundancia y un vino muy estimado que ya encontramos en los sacrificios funerarios del Antiguo imperio.

En el desierto arábigo, la duodécima dinastía encontró un estado de cosas sólidamente organizado por sus antecesores. Ya hemos visto cuán importante era la explotación de las canteras de Hammamat: el comercio por el mar Rojo, cuyos comienzos hemos podido estudiar durante la undécima dinastía, había alcanzado durante la duodécima su completo florecimiento; y su punto de partida no era, como fué en tiempo de los Tolomeos y en los modernos tiempos hasta la apertura del canal de Suez, el puerto Blanco ó de Qosseir, sino un lugar situado unos 50 kilómetros mas hácia el Norte, en la desembocadura del desfiladero del Wadi-Gafus, que llevaba, al parecer, el antiguo nombre egipcio de Sauu (2). A algunos kilómetros tierra adentro encontramos restos de antiguos edificios, fortificaciones probablemente para una pequeña estación militar, un pozo y una especie de templo, todo muy antiguo, pero sin esculturas y sin inscripciones en las paredes. En cambio se han descubierto allí dos tablas con jeroglíficos: la una representa al rey Amenemhat II adorando al Min de Koptos, y fué construida por el tesoro mayor Chentchatuer «cuando regresó felizmente de Punt, mientras sus tropas, bien mantenidas y sanas, estaban con él y sus barcos (ó su barco) habían desembarcado en (3) Sauu, en el año 28.» La segunda inscripción data de tres años despues y fué redactada durante el primer año del reinado de Useres II: en ella aparece el rey adorando al dios Soped, «el señor del país del oro y de las montañas orientales,» tan venerado en el desierto arábigo y especialmente en las fronteras del delta. El texto de la misma dice simplemente que el «tesorero del dios y jefe de

(1) Louvre, C 26. Antef es «conde de Abydos y de todo el oasis,» y al propio tiempo elevado funcionario del tesoro y «primer orador del rey.»

(2) Véanse las inscripciones de la *Revista Egipcia*, 1882, pág. 203, y acerca del lugar y de las ruinas, véase Schweinfurth: «Antiguos restos de construcciones é inscripciones de Wadi-Gafus,» en las *Memorias de la Academia de Berlin*, 1885. No se sabe todavía cuál era el camino directo de aquí al valle del Nilo, construido, al parecer, por Hanu.

(3) Desgraciadamente hay aquí la preposición *n* que tiene varios significados, de suerte que la traducción no es muy segura. Sauu es designado como un país montañoso, no como una ciudad.

gabinete» Chnemhotep «construyó su monumento en el país de los dioses,» en el primer año del rey. Probablemente Chnemhotep dirigió también una expedición á Arabia. El tantas veces citado Ameni estuvo asimismo en estas comarcas. «Me dirigí—dice—rio arriba para llevar géneros á la ciudad de Koptos, acompañado del príncipe y del visir Useres: emprendí la marcha con un contingente de 600 hombres, todos ellos brava gente del distrito de la Cabra. Regresé felizmente sin haber perdido un solo hombre.»

Las relaciones con Punt, cuya existencia nos demuestran estas inscripciones, subsistieron durante mucho tiempo: en efecto, muy entrada ya la trigésima dinastía, el rey Neferhotep utiliza para el templo de Abydos «incienso de Punt» y «piedras preciosas del país de los dioses» (4). En los documentos solo se nos habla de expediciones regias por mar, pero por desgracia no sabemos si hubo además un comercio de particulares.

Una narración que data de los tiempos del imperio Medio demuestra cuánto excitaron la fantasía de los egipcios estos viajes hechos á países maravillosos y por mares desconocidos (5). Un hombre del séquito del Faraon fué enviado mar adentro en un buque de 150 varas de largo por 40 de ancho y con una tripulación de 150 excelentes marineros. Alcanzado por una tempestad, naufraga el buque y la tripulación perece ahogada. Solo él se salva, y es arrojado á una lejana isla en la cual reside el rey de las serpientes, que le acoge amigablemente y le pregunta por su suerte. Segun parece, nace una relación amorosa entre la hija del rey de las serpientes y el héroe de la narración, pero éste se mantiene firme: el afán de volver á ver á su patria y á sus hijos puede mucho en él, por lo cual se despide del rey, que le colma de magníficos presentes, y regresa felizmente á su país en un buque que tocó en dicha isla.

El imperio Medio constituye el punto mas elevado del desenvolvimiento de Egipto: nunca volvió á alcanzar el país un período igual de prosperidad interior y exterior; en ningún tiempo encontramos tan perfectamente equilibrados los poderes públicos, los cuales en todas partes fuerzan á la voluntad y al capricho de los particulares á servir á los intereses de la comunidad.

La literatura de esta época sirve de modelo á los egipcios de los posteriores tiempos, que la han copiado é imitado repetidas veces y que se han esforzado en considerar y conservar el lenguaje escrito del imperio Medio como el lenguaje verdaderamente clásico. Conocemos ya muchos de los productos literarios de esta época que han llegado hasta nosotros: la historia de Seneha, el cuento del rey de las serpientes y algunas relaciones relativas al Antiguo imperio, así como las enseñanzas morales del papiro Prisse, las instrucciones de Amenemhat I y las de Duauf, el hijo de Chradi, sobre la utilidad de la escritura. También han llegado hasta nosotros algunas narraciones poéticas, por ejemplo un canto sobre la fugacidad de la vida terrenal, en el cual se describe la omnipotencia de la muerte, que sujeta á los mismos dioses, y se excita á disfrutar de los gozes piadosos de la vida. En cuanto al estilo en que todos estos documentos están redactados, se presenta como rasgo característico la tendencia hácia las frases rebuscadas y artificiosas, es decir, á los juegos de palabras. Indudablemente á los ojos de los egipcios esto constituía el principal atractivo de una narración: para ellos el refinamiento del lenguaje sustituye mas que suficientemente el vuelo poético. En las mismas inscripciones de los reyes, como en las de

(4) Mariette: *Abydos*, tomo II, 27, 16, 20.

(5) Golenischeff dió á conocer una traducción de este relato en las disertaciones del Congreso orientalista de Berlin, pero el texto no ha sido todavía publicado.

los particulares, se nos ofrece este fenómeno apenas entran aquellas á consignar algo mas que hechos.

Ya hemos visto que durante el imperio Medio se erigieron muchas construcciones. La de sepulcros ha perdido su importancia predominante, y la gente se contenta con viviendas para la eternidad mas sencillas que las del Antiguo imperio; solo los príncipes de distrito se aferran á las viejas tradiciones: las tumbas de rocas de Benihassan, Bersche y Saiut son las únicas que pueden compararse con los mastabas. En este punto prevalece también la antigua tendencia: el muerto se eterniza á sí mismo y eterniza á cuantos le rodean en las paredes del sepulcro, donde aparecen representadas como en los mastabas sus ocupaciones favoritas y los trabajos de sus artesanos y de sus allegados. Chnemhotep dice de sí mismo en la inscripción de su tumba de Benihassan: «Se eternizó construyendo su tumba en la necrópolis; hizo florecer el nombre de sus subordinados representándoles en sus cargos (ocupaciones).» También se atendía á las estatuas para «el espíritu,» al cual se daban alimentos y servidumbre. Un dibujo famoso de una tumba de Bersche representa á Dhuthotep, nomarca del distrito de la Liebre, haciéndose labrar una estatua colosal de 13 varas en un solo bloque de piedra arenisca de las canteras de la vecina «ciudad del Oro,» y mandándola luego transportar por las huestes de sus vasallos hasta la capilla mortuoria, mientras la población de la ciudad se precipita con ramos en la mano para contemplar aquella maravilla (1).

Así como cabe dudar si durante el Antiguo imperio «las casas de los dioses» fueron construidas con piedra como las mansiones de los muertos, ó con ladrillos y madera como las habitaciones de los profanos, puede afirmarse que en los muchos templos construidos durante el imperio Medio se empleó la piedra. Poco se conserva de ellos desgraciadamente, pero se sabe que á esta época corresponde la forma fundamental de los posteriores templos. El templo egipcio es una construcción rectangular con paredes sólidas y verticales, en cuyo interior se encuentran los aposentos donde se guardan los objetos sagrados del culto, especialmente los cofres ó el armario que encierran el fetiche—sea una imagen, sea un objeto,—personificación de la divinidad, y la barca de los dioses, en la cual es conducido en las procesiones y mostrado á sus adoradores el dios, es decir, este mismo fetiche tan bien guardado. En el santuario no hay imagen alguna del dios, pues no deben contemplarle ojos profanos, y por esta última razón el interior del templo está completamente á oscuras. En cambio este sitio privilegiado del edificio está adornado por fuera con esculturas, pinturas, estatuas de los dioses y de los reyes, obeliscos, hileras de columnas, puertas y vestíbulos, y á estos patios exteriores pueden llegar aquellos laicos que están iniciados. Segun estas ideas fundamentales, todo templo puede ser ensanchado indefinidamente, lo cual ha sucedido, como sabemos, con los principales santuarios en tiempo del imperio Medio: así por ejemplo, el templo relativamente pequeño de Karnak (70 metros de largo), construido por la duodécima dinastía, ha llegado á ser el edificio de mayores dimensiones que sustenta la tierra.

En la ejecución de los detalles generalmente se empleaban en los templos los ladrillos y la madera, que caracteriza las construcciones particulares. Donde mas se observa esta particularidad es en las columnas que sirven de sustentáculo al techo. Los adornos que estas contienen están, por regla general, tomados de la botánica: los cuerpos principales representan el tronco de una planta ó un conjunto de tallos entre-

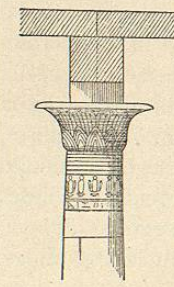
(1) Véase la traducción del texto á este dibujo anejo, tomada de Maspero en las *Transactions of the Soc. of Bibl. Archaeology*, volumen VII, página 7.

lazados; ofrecen multitud de colores y sostienen un capitel figurando una flor acampanada con verdes hojas en forma de cáliz ó de capullo cerrado y puntiagudo, como las columnas de madera adornadas de metal que encontramos en el Antiguo imperio. El artista egipcio está convencido de que su ornamentación no es mas que forma, vestidura que sus abigarradas creaciones en figura de plantas no sostienen, sino que sirven tan solo para tapar lo que sostiene realmente y para cautivar la vista; así es que no quiere engañar á los espectadores, en quienes no desea producir mas impresión que la de una solidez y una seguridad completas. De la misma manera que levanta las paredes perpendicularmente para que aparezcan perfectamente inquebrantables, hace que del capitel de la columna salga la pilastra cuadrada, para que se vea clara y evidentemente la calidad del apoyo. Sobre este apéndice descansa la viga (2).

Junto á estas columnas encontramos empleadas las pilas-tras cuadradas, propias de las construcciones de piedra y de las ejecutadas en las rocas, que se usaron ya en los mastabas y en el templo de Cha'fre' y que á la sazón han sufrido una transformación que hace que produzcan un efecto muy distinto. Los cantos antes agudos han sido achaflanados, resultando de aquí que los cuadrilongos se convirtieron en octógonos y luego en dodecágonos y en hexágonos. Por regla general, vacíanse los espacios que quedan entre las aristas y de esta suerte se obtienen estrías: el apoyo se asienta sobre una basa redonda y solo en la parte superior, debajo de la viga del techo, se deja un resto de la antigua pilastra cuadrilonga. De esta manera se logra un sustentáculo que en mas de un concepto se parece á las columnas dóricas y que por esta razón ha sido por Champollion calificado de «columna protodórica.» Esta clase de columnas se encuentra especialmente en los sepulcros de Benihassan (3) y luego en muchos templos del imperio Medio y de la décimo octava dinastía. Mas adelante deja de emplearse. No podemos tratar ahora de la cuestión tantas veces debatida de si la columna dórica de los griegos fué una imitación de ésta.

En todas partes nos demuestran las inscripciones cuán orgullosos estaban los egipcios de sus trabajos arquitectónicos. Casi todos los funcionarios que mandaron arrancar de las canteras grandes bloques advierten que «esto no había acontecido desde el tiempo de los dioses.» Cuando el funcionario del tesoro, Merri, recibió, por su gran habilidad, durante el noveno año del reinado de Useres I, el encargo de éste de «construirle en la necrópolis de Menfis la mansion eterna llamada Uert (la «grande»),» y cuando hubo cumplido su misión con la piedra caliza de Ro', entonces «se alegró Osiris, el dios del reino del Oeste, por la construcción hecha por orden de mi señor, y yo mismo me alegré porque mi corazón estaba satisfecho de mi trabajo» (4).

En las artes plásticas, así en los relieves como en las estatuas, se ven claramente las consecuencias del progreso ante-



Parte superior de una columna del Ramesseum

(2) Los dibujos publicados no dan verdadera idea de este apéndice cuadrado que sale de los capiteles en forma de campana y que no falta en ninguna columna egipcia: en el bosquejo adjunto aparece mas claro. Las columnas reproducidas datan del Nuevo imperio, pero su forma pertenece al imperio Medio. El principio aquí enunciado está puesto mas en claro por Semper en su obra: *El estilo*, tomo I.

Véase además el trabajo de Lepsius sobre algunas formas artísticas egipcias en las *Disertaciones de la Academia de Berlin*, 1871, como asimismo Perrot y Chipiez.

(3) Véase el dibujo en Dumichen.

(4) Louvre, C 3.